



Canisat-algorab el Convento del Cuervo

¿Cómo me puedo imaginar la vida de los que ya no están presentes cuando a la mía propia no le doy credibilidad alguna? Siempre me hago ésta misma pregunta cuando intento recordar los instantes vividos en aquel lugar y todo lo que con anterioridad me había sucedido con relación a la historia que hoy voy a contaros: Recuerdo que las nubes se agrupaban amenazadoras según iba avanzando la tarde, aliadas a un viento frío impropio del mes de Abril, que barría el interminable páramo que separa la ciudad de Teruel de aquel pequeño pueblo al que terminaba de llegar; bandadas de alondras se alejaban arremolinándose en dirección a los viejos pajares y corrales de ganado con la intención de pasar allí la tarde. Dejé aparcado coche junto a un montón de escombros donde ya había vuelto a crecer la hierba; un par de ventanas y el marco de madera de una puerta sobresalían entre trozos de tejas y ladrillos. En aquel marco de madera alguien había colgado un par de zapatos, que el sol y las heladas habían deformado hasta casi desprenderles las suelas de goma, dando la impresión de que hablaban entre sí. Antes de entrar, miré una vez más hacía los tejados de las casas del pueblo y a sus alrededores, reconociendo cuanta razón tenía, cuando me decía, que aquel era el lugar más hermoso y desolado que uno podía imaginarse.

El viento que en esos momentos soplaba del Este movía sin parar dos pequeñas banderas rojas y negras con las siglas de la CNT que estaban amarradas a una de las dos puertas de hierro, de lo que en su día fuera un corral de ganado y por avatares de la historia convertido en cementerio. "Mi patria -anoté de una de aquellas lápidas de mármol-, es solo de aire. M.T.D. 1902-1937." Recuerdo que fui incapaz de leer nada en voz alta. Él sí que hablaba emocionado y sin parar de aquel lugar al que nunca se atrevió a volver: "Allí la siega es más tardía -solía contarme-; en las noches cálidas de Julio, los habitantes de aquellas aldeas duermen en las eras y en ellas hacen bailes todas las noches. Aquel verano del 37 fue el último que celebramos todos juntos; el otoño, fue el peor otoño que yo recuerde, primero fueron las lluvias y luego las nieves que nos inmovilizaron por completo. Las estrellas no las apagaban los aguaceros y todas las noches nos esperaban puntuales; de treinta y tantos, sólo tres, vivimos hoy para contarlo." Era así, como Don Manuel Gómez contaba su desagradable experiencia en aquella guerra; quedándose siempre en silencio, para acto seguido, recuperar su alegría contagiosa y con la ayuda de una botella de amontillado que guardaba en la parte más fresca de su negocio de libros usados de la Cuesta de Luján en Córdoba, dándolo todo por terminado y cambiando de tema.

Llegué a contar unas veinte tumbas, la mayoría sin lápidas ni cruces; también los nombres de extranjeros que supuse eran miembros de las Brigadas Internacionales, todos caídos en aquella pasional y triste guerra de 1936. Las nubes continuaban deteniéndose en un extremo del llano, mientras un numeroso rebaño de ovejas cruzaba un camino pedregoso antes de adentrarse en el siguiente prado. Saqué de su envoltura de papel aquella cuchara de madera que me había mandado junto a una carta de despedida, hice un agujero en tierra como él me había dicho y la cubrí, apretándola fuertemente, con la tierra que había sobrado. Volví a leer su nombre una vez más: "Paul Weijers. Leyden 1893-Teruel 1937." Al salir cerré las puertas apoyándoles una pesada piedra; una vez más, antes de marcharme, miré al interior de aquellas cuatro paredes, cuando a mis espaldas, creí que era el viento el vuelo de unos cuervos que pasaban.

En el buzón dejaron una carta; decía: "Hay lugares y momentos del pasado que se mantienen unidos al presente; lugares donde los santos llegaron a vivir en compañía de las cabras, donde las crisis místicas comenzaban y terminaban con el canto del gallo. Vamos a recordarlos una vez más... La puerta de entrada a la exposición está protegida por una arcada de ladrillos rojos, una vez dentro, busca entre las vitrinas que conservan los libros más antiguos; en una de ellas encontrarás una litografía con la imagen de un cuervo, acompañada por un texto en latín medieval, donde se habla de un lugar que tu conoces muy bien... Ser durante cuarenta y cinco años -terminaba diciendo-, vendedor de libros usados, ¿te puedes imaginar orgullo más triste?"

En las calles había un amistoso hervidero de estudiantes y curiosos que habían venido a ver aquella exposición y a participar en el programa de actividades del 850 aniversario del nacimiento de Moisés ben Maimón, en Córdoba (1135-1985). Nada más bajarme del tren, aquella que durante muchos años había sido mi ciudad, me resultó extraña; así que por precaución opté por la condición de simple viajero, que siente que el tiempo es olvido y comienzo. En los carteles, bajo el lema de "Curso de Cultura Hebrea", estaban los nombres de destacados especialistas en judaísmo bíblico y en historia hispano-medieval de diversas universidades extranjeras y españolas. En el patio de la Facultad de Filosofía e Historia los naranjos comenzaban a florecer, y a la sombra de una hermosa y centenaria palmera, una pancarta en castellano y hebreo anunciaba el nombre de la exposición: "Los judíos en Córdoba - (SS. X-XII).

Me detuve frente a los estantes donde estaban reunidos los trabajos de una conocida universidad extranjera; allí estaba una pequeña parte de los manuscritos y libros en árabe y hebreo, que pertenecieron en vida a Reihart P. Dozy, el célebre autor de la monumental "Historia de los musulmanes en España", cuando desde un extremo de la sala me llegó el canto de un pájaro, me acerqué hasta su jaula, era un canario blanco que saltaba y picoteaba una hojita de lechuga; en el hueco de una ventana próxima y apoyada contra la pared una vitrina con media docena de libros y una litografía con la imagen de un cuervo con un texto en latín titulado "CANISAT-ALGORAB".

Disfrazado de rabino con un pequeño gorro de fieltro hacía como si no me hubiese visto llegar; de cara a la pared le daba cuerda a su reloj de bolsillo. El canario, la vitrina y una destartalada mesa de grandes cajones, eran las pertenencias de la librería de lance de la Cuesta de Luján, y Don Manuel, su propietario, el que continuaba hablando sólo y en voz alta: "La curiosidad y los libros provocaron mis desgracias -decía mientras movía una y otra vez la cabeza como si estuviese frente al Muro de las Lamentaciones-, y aún hoy, cargado de años, continuo pecando." Le saludé con un fuerte amén, mientras se reía a carcajadas y me apretaba con fuerza la mano. No paró de hablar y de reír, y cuando me quedé mirándole y antes de que me diese tiempo a decirle que le encontraba algo más delgado, me contestó: "Querido amigo, la naturaleza siempre fracasó conmigo en cuestiones de salud."

A la mañana siguiente, cuando las campanas de un convento de monjas de clausura, cercano a la librería, convocaban a la oración, nos paramos frente al atrio de la iglesia donde terminaban de regar las flores que colgaban de las paredes, al fondo, en la oscuridad, iluminado por un par de cirios la imagen de una Virgen dolorosa: "La conciencia -me dijo Don Manuel-, como el tiempo solo cambia de forma; lo que perdemos es la ilusión."

"Cuando sales de la ciudad en dirección a la Sierra -me decía mientras encendía las luces de la librería y le ayudaba a abrir las ventanas que daban a las mesas donde trabajaba a diario encuadernando libros o jugando a las cartas con sus amigos-, en el camino que te lleva hasta las Ermitas, te encuentras con restos de la antigua calzada romana que iba desde Córdoba hasta Mérida; a un lado y a otro, bosques de encinas y algunos castaños que el viento y las nubes que vienen de poniente hacen que en primavera ese sea uno de mis paseos favoritos. A unas cinco leguas de allí estuvo una vez Canisat-algorab el Convento del Cuervo, en un lugar que tu conoces muy bien, y que hoy llaman el Algarabejo, en ese lugar, entre olivos y encinas, fue enterrado el Obispo Martín."

Me pidió le ayudase a colocar sobre la mesa unos libros, una pequeña pieza de ajedrez y una cuchara de madera: "¿Quién se acuerda de Canisat-algorab, del Convento del Cuervo, donde una vez vivieron el maestro y filósofo Muhammad ibn Masarra, el cristiano Martín y un santo venido del Norte llamado Juan de Gorze, embajador que fuera de Otto I de Alemania ante la corte de Abderrahman III? Nadie se acuerda de ese lugar conocido hoy por el Algarabejo, que quiere decir lugar donde vivió el extranjero. Los libros que ves aquí hablan de ese convento, y esa figurita de hueso o torre desmochada; apareció cientos de años después en la tumba del Obispo Martín junto a una lápida con un texto en latín, el mismo que viste ayer en la litografía del cuervo. La cuchara solo tiene cincuenta años."

"Después de Recafredo -continuó diciendo, a la vez que habría un pesado libro-, este Catálogo de los Metropolitanos de Sevilla, que se lo compré a un canónigo de Llerena, nos habla de que en el siglo X, la comunidad cristiana de Astigi (Écija) tuvo a un prelado digno de especial memoria llamado Martín, que había sido monje y florecido en la observancia de sus reglas, por lo que alcanzó reputación y mérito, siendo electo para gobernar la iglesia astigitana, dejando fama de prelado ilustre. Así consta en la inscripción de su sepulcro que se descubrió en el año 1729 en el lugar conocido como el Algarabejo en la Sierra de Córdoba, donde vivió sus últimos años. La inscripción de su lápida estaba dentro de las páginas de este libro, presidida por la figura de un cuervo."

Antes de sentarse en su sillón de enea, puso dos copas, que llenó de un jerez oloroso que perfumó toda la estancia: "Este pequeño libro que ahora tengo en las manos, es mi mayor tesoro y llegó a mí en circunstancias tristes, en compañía de esa torre y de esta cuchara de madera; todo perteneció en vida a Paul Weijers, arabista, y que verano de 1937 a la sombra de una noguera, nos entretenía a todos leyéndonos de este libro, las historias que de su vida y de sus viajes contaba Abud Hamid el Andalusí."



✠ CLARI TECTA ANTESTIS MARTINI QVOQVE MEMBRA
HIC BVSTORVM SACRA MORE PONTIF. ET AVLA
QVI XPO FAMVLANS PETIIT VTAM ADOLESCENS
MONASTICAM POLLENS Q̄ REGVLARITER EGIT
ASTIGITANAM EPISCOPII REXIT IN ARCE
ECLESIAM AD EROAS LATVS EST ILICO NEMPE
SCVLPTA IN MARMORE [ER]JA NOBIES CEN[TESIM]JA
SEXAGESIMA NONA MAIARVM III IDVS
LECTOR COMENDA SACRA ET D̄M PIE ORANDO I.

**En aquella parte de las montañas que bordean la ciudad de Córdoba por el lado norte —refiere Abud Hámid el Andalusi—, hay unos rasos robados al monte, donde crecen olivos y un viñedo salpicado de higueras y almendros, donde se asientan también algunas casas, destacando una de ellas por un tejado en forma de cúpula con sus caballetes de tejas vidriadas en azul, y sobre la cual se ve un cuervo revoloteando y sin irse de allí jamás. El edificio es un lugar de oración y estudio, que visitan cristianos y musulmanes; asegurándose por los caminantes que van camino de Badajoz o de los puertos de mar de poniente, que la oración hecha allí es la mejor oída por Dios en todo el camino. Los que allí viven están obligados a servir la adiafa o comida de hospitalidad a todos los viajeros que hacen un alto en tan santo lugar; y luego que llega a esta un caminante o un romero, introduce el cuervo su cabeza por un agujero y da tantos gritos cuanto es el número de visitantes: si es uno, uno, si dos, dos, y si son diez, diez sin equivocarse jamás; con lo que apunto de anochecer se acercan los que allí viven al encuentro de ellos, con la adiafa según su número, sin llevarles ni de más ni de menos.

En este mundo, según he ido aprendiendo, nada parece estar en su sitio, empezando por el mundo mismo, pues todo lo que nos sucede en nuestra corta existencia, no es nada más que un asunto aparentemente organizado por el Todo Poderoso y escrito por Él, en algunas de las estrellas que brillaban el día de nuestro nacimiento. Y así fue como el destino, que aparenta no querer nada bueno para los que nacemos sin fortuna, quiso en parte que yo no conociese a mi madre, que con toda su mejor voluntad, me dejó abandonado con apenas dos meses cumplidos, junto a la puerta de la que sería mi ama durante siete años, hasta que ésta, me dio como parte de la dote que su hija Argéntea aportó a su matrimonio con Recemundo de Iliberi; el Recemundo que fue conocido por los árabes como Rabi ben Zaid, natural de Córdoba, y que siendo buen cristiano no le impidió entrar al servicio de nuestro añorado Califa Abderrahman, que era muy tolerante, nombrándole Obispo de los cristianos de la ciudad y su consejero en asuntos de gobierno.

Seguramente yo debí trabar demasiada amistad con las palomas, pues me comportaba como si fuese una de ellas, siempre mirando de reojo a un lado y a otro sin palpadear, y cuando tenía hambre me acercaba hasta la cocina zureando y dando vueltas como si fuese un pichón; que con un trozo de pan y unas aceitunas volvía corriendo al palomar, donde yo era el niño más feliz de la ciudad. Hasta los nueve años no solté palabra alguna, el zureo era mi lenguaje y el movimiento de brazos mi complicidad con las palomas y otras aves de corral. El palomar era una torre redonda sobre el tejado del establo, con una veintena de palomas zuritas que regalaron a mi señora ama unos viajeros del norte y que allí llaman Holztauben por que gustan de posarse sobre los árboles. Hasta que un buen día sentí un golpe de viento perfumado que entraba por los ventanucos del palomar —que en mi ciudad llaman zureles—, por donde entraban y salían las palomas hasta perderse río Guadalquivir abajo. El aire de esa mañana de Julio entraba por los zureles, se deslizaba por la bóveda del palomar y llegaba hasta el pajar donde yo dormía todas las noches; me asomé por uno de los huecos que daban al huerto y pude ver a mi señora Argéntea que terminaba de darse un baño en la alberca y untaba su cuerpo desnudo con aceites que olían a azahar. Ella tenía cumplido los veintinueve años y había sido madre dos veces, y aún conservaba un hermoso cuerpo, con el que yo soñé muchas noches; los pechos generosos, los muslos redondos, su blanca piel y la dulce mirada reidora cada vez que me veía... Ensimismado estaba, cuando sonaron las voces de mi amo Recemundo llamándome para que bajase abrir la puerta.

Cuando llegué abajo, las golondrinas que anidaban en el soportal de la casa sobrevolaban alarmadas los tejados del corral; ya antes de abrir las puertas me había puesto yo un bonete rojo que me había regalado mi señora ama para dar la bienvenida a las personas distinguidas que nos visitaban; esta vez eran tres viajeros cubiertos de polvo y de aspecto cansado, que venían acompañados de un jumento y tres mulas de buen porte. Los forasteros, que vestían con pesados hábitos, dieron sus nombres, y haciéndose entender en latines me preguntaron por Recemundo de Iliberi; nada más aparecer mi amo, entre abrazos y parabienes se les fue media mañana. El más alto de los tres, que fue el primero en hablar, tenía la mirada como perdida y dijo llamarse Juan.

Según me contaron, nuestro Califa andaba en negociaciones con un monarca del Norte llamado Otto, debido a los destrozos que nuestras tropas les causaban en las fronteras de su reino. A consecuencia de sus reclamaciones, Abderrahman había enviado tres años antes a este monarca una embajada, a cuya cabeza iba un monje cristiano del que nunca más se supo, por que las letras que nuestro Sultán les mandó escritas en árabe les parecieron injuriosas a su religión. Al cabo de ese tiempo, el Monarca del Norte resolvió enviar a Córdoba una embajada, y con ella una respuesta merecida a la carta de nuestro Califa, escrita por su hermano Bruno, letrado Arzobispo de Colonia, y su portador fue un monje del Convento de Gorze, en la Lorena, llamado Juan, y que desde esa mañana del año 954 y en compañía de otros dos monjes, uno llamado Garamano y el otro Fredegiso se hospedaron en nuestra casa, mientras eran admitidos a la audiencia de nuestro Sultán.

El despacho de esta embajada fue muy lento y difícil, al ser sabedor nuestro Califa del contenido de las letras que portaba Juan de Gorze; mientras tanto el monje, que estaba dispuesto al martirio, apenas si comía y llevaba meses durmiendo en el suelo, rechazando todo lo que se le ofrecía; el día se le iba en rezos y plegarias; pareciéndonos, a pesar de su juventud, como si desconfiase de todos. Al cobertizo donde nos pidió lo llevásemos, estaba cerca del huerto, allí me acercaba yo dos veces al día para llevarle agua y las viandas que le preparaba mi señora, que volvían sin apenas haberlas mirado; hasta que una tarde de otoño en que se encontraba Araceli la costurera y mi señora repasando las ropas de invierno, oímos unos gritos procedentes del lugar donde se encontraba el santo varón. Alarmados acudimos todos, y allí tendido en el suelo, en medio de una nube de moscas y presa de temblores estaba el monje con la mirada perdida, delgado como un palo. Cuando llegamos a él, levantó la cabeza para dejarla caer contra el suelo, con tanta fuerza, que perdió el conocimiento. Sin esperar a más, mi señora ama, comenzó a quitarles las ropas y los cilicios de esparto que llevaba puestos y que apretaban sus pobres y menguadas carnes, hasta dejarlo desnudo; pidió también le lleváramos agua, y dándole friegas contundentes, vimos como abría de nuevo los ojos. Ya dije que era muy alto; ahora limpio y perfumado, como dijo la costurera, era muy hermoso mancebo. Pero lo que más cautivó a mi señora fueron sus manos blancas y largas. Bebió un vasito de aguardiente con jarabe de algarrobas, que le animó a ponerse en pié y a salir de allí, llevándolo a otro lugar más luminoso y ventilado, donde quedó dormido profundamente. Desde ese día, mi señora, no hacía otra cosa que llevarle caldos y purés de verduras; a las pocas semanas los vimos ir juntos a una iglesia cercana para asistir a los divinos oficios de los cristianos.

“Nosotros —le decía Argentea al monje Juan, intentado persuadirle para que no entregase aquella carta que portaba, mientras paseaban por el huerto—, somos condescendientes con estos musulmanes. En medio de la gran calamidad que sufrimos por nuestros pecados, les debemos aún el consuelo de dejarnos usar nuestras propias leyes, y de viéndonos como nos ven, muy adicto y diligentes en el culto y fe cristiana, todavía nos consideran y atienden, y cultivan nuestro trato con agrado.” A lo que el monje le repuso: “¿Pues cuánto mejor es para un cristiano sufrir los rigores del martirio y a negarse a participar de las costumbres de los paganos?”. A lo que Argentea le respondió mirándolo fijamente: “Ningún fin debe justificar la destrucción de la fe de los otros.” Mientras lavaban en la alberca las verduras de otoño que habían recogido, Argentea miró hacia el cielo diciendo: “Siempre he soñado con los pájaros que viajan, ¿quién los estará esperando para darles la bienvenida.”

La situación llegó a ser tan crítica, que convencido Abderrahman de la oscuridad en la razón de aquel monje, creyó conveniente de enviar al Monarca Otto un embajador que allanase las dificultades. No hallándose quien quisiera desempeñar una misión tan larga y peligrosa, a pesar de las grandes promesas que hizo nuestro Califa, fue en Recemundo mi amo en quien recayó llevarla a cabo. Empezando su viaje en la primavera del año 955. Y en esos días Juan de Gorze abandonó la ciudad, trasladándose todo ese tiempo a un cenobio en la montaña, conocido por Canisat-algorab, donde ya vivía uno de los monjes que con él vinieron.

Visita a Canisat- algorab el Convento del Cuervo

Cuando mi señora ama y yo salimos al campo por las puertas conocida como la de los Serranos o Al-zachchalí, ya venía alegre la claridad del día entre los olivares, y en las bóvedas de sus dos torres aún se repetía en el eco las palabras del almuédano con el segundo de los rezos de la mañana. Desde que mi amo Recemundo emprendiera el viaje como embajador, su esposa Argentea no había vuelto a salir a la calle. Fueron veinte meses sin noticias, hasta que unos mercaderes judíos de la ciudad de Metz, nos comunicaron que habían visto a Recemundo de Iliberi en compañía de Aldabero obispo de aquella ciudad, y que tenían pensado dirigirse a Francfort, donde en esos momentos estaba la Corte de Otto I, con la intención de pasar allí el invierno. Supongo que fue la discreción y buenas mañas de mi amo, lo que allanaron las dificultades que podían oponerse a su embajada ante ese Monarca, pues no tardó éste en darle un escrito autorizado al monje Juan para que no entregase la carta sino solamente los presentes. Nos enteramos, que Recemundo visitó el Monasterio de Gorze en los primeros días de ayuno que preceden a la Pascua, por un mensaje que mandó anunciando su regreso en compañía de un nuevo embajador llamado Dudo de Verdún. Con estas noticias y algunos presentes que mi señoras había preparado, aparejamos las burras, encaminándonos hacia las montañas con la intención de pasar los últimos día de la primavera en el Convento del Cuervo.

El tiempo pasa rápido más allá de lo que uno puede recordar, pero aún tengo presente, como si fuese sido ayer, como era de solemne la paz de esa dulce mañana de finales de primavera. En las laderas de los montes florecían el cantueso y la jara; el verde de los prados donde pastaban ovejas y cabras, satisfechos, mientras los pastores se acercaban al camino para saludarnos y regalarnos al oído con sus caramillos hermosas canciones. Una neblina estuvo cubriendo la ciudad de Córdoba y su gran río, hasta que los perdimos por completo de vista. Luego el viento de Poniente peinó durante horas los interminables pinares, salpicados de encinas y alcornoques, hasta que llegamos a un río de aguas cristalinas y verdes orillas; mi señora no pudo resistirse y después de haber comido, se tendió todo lo larga que era en un prado de margaritas y tréboles, mientras yo con una rama de sauce le espantaba los tábanos y unas moscas muy pesadas que habían venido todo el camino molestando a las burras. Con los ojos cerrados parecía estar dormida, pero solo estaba soñando; cuando los abrió fue para saludarme y darme un cariñoso tironcillo de orejas.

Después de dos interminables leguas de sinuoso y empinado camino, llegamos a un gran raso de juncales y libélulas, donde vivía una familia de pastores que nos indicó por donde podíamos acortar; cuando llegamos a lo alto, el verde de los olivos deslumbraban con los últimos rayos de sol, desvaneciéndose ante nuestros ojos; cuando de repente un cuervo de gran tamaño se posó en una de las burras y abriendo su pico, nos dio la bienvenida. Nada más bajar vimos pequeños campos de cebada y trigo que parecían desplegar nubes de oro con sus espigas maduras, manchados del rojo de las amapolas y del blanco de las paredes de algunas casas y de la pequeña cúpula y espadaña del Convento del Cuervo; allí, en lo más alto de aquel tejado blanco destacaba el negro azabache del cuervo, que dando extraños silbidos llamó a todos los habitantes de aquel lugar; entre hombres, mujeres y niños no llegaban a veinte vecinos, que esperaron a que nosotros llegásemos.

Para el viejo maestro y filósofo Muhammad ibn Masarra, que vivía desde hacía muchos años desterrado en aquel lugar, la vida no era sino un acuerdo con los movimientos del cielo; la muerte, una faceta de la ley universal del cambio; para el Obispo Martín que pasaba allí largas temporadas, era tener la botica bien abastecida de hierbas y bálsamos, y de averiguarse las maneras de no ser derrotado por el cocinero en la partida de ajedrez que tenían pendiente para esa tarde. Y para Juan de Gorze, el intentar de explicarle a Argentea, mientras las cabras que se encargaba de cuidar ramoneaban en los alrededores de la alcubilla, todo lo que había aprendido en los últimos meses: "Aquí me he dado cuenta -decía todo emocionado-, que muchas de las cosas que nos suceden son fruto de nuestro espíritu y del tiempo que nos ha tocado vivir, y de que hay cosas también que no cambian, como la eterna carrera del cielo y de la tierra, y que nuestro agotamiento viene desde el día mismo en que dejamos de andar por el camino de la naturaleza." Mientras el canto de los grillos en los trigales y de las tórtolas en el encinar se mezclaban con el murmullo de las aguas del que llaman Arroyo-hondo, recordándonos días de abundancia.

Segado el trigo y apilado los haces en espera de llenar los graneros, fue entonces, cuando enmudeció el cuclillo y un niño, en nombre de todos, le deseó buen viaje y de que estaríamos esperándolo en Primavera.

Bajo la sombra de una gran higuera celebramos una fiesta de despedida; el Obispo Martín mandó que todos guardásemos silencio, y señalando hacia el tejado de la ermita gritó: "¡ CORVUS CORAX !" Y nuestro amigo el cuervo que estaba en lo más alto del tejado, se dejó caer en vuelo hacia donde nos encontrábamos sentados todos, con su plumaje negro azabache más brillante que nunca e irisado de azules, que el sol limpio de mediodía hacía más hermoso aún; pasando hasta tres veces sobre nuestras cabezas y ejecutando acrobacias en el aire, que fuero muy celebradas. Estando en pleno vuelo, dejó oír por primera vez su verdadera voz, era un graznante y repetido croc, seguido de un parloteo imitando el canto de todos los pájaros cantores del lugar y el cacareo de unas gallinas bermejas con las que pasaba las noches y la mayor parte del día. El cuervo y las gallinas fueron la gracia de aquel lugar durante muchos años, y aún hoy, me cuentan, siguen como un salmo al viento sus voces.

Llegó Julio y comenzaron como siempre a hacerse cotidianas las calores del verano en la ciudad; cuando llegó el nuevo embajador de Otto I acompañado de Recemundo, habían pasado ya tres años desde que llegara el monje Juan, y eran muchas las cosas que durante ese tiempo habían cambiado. Juan de Gorze regresó a su patria, siendo antes recibido con gran pompa por nuestro Califa en su palacio de Medina-Azahra. Mi ama Argentea lo recordaría en secreto el resto de su vida. En Canisat-algorab, los primeros días, el cuervo lo daba como presente a la hora de servir la adiafa. Meses más tarde, yo ocupé su lugar durante once años, hasta que en el desastre de las Grandes Torres, fui enviado por la comunidad a emprender un largo viaje del que aún no he vuelto. Un buen día, hace ahora dos años, cuando ya comenzaban a decaer las nieves del invierno, hice un desvío en mi camino y me acerqué hasta la Abadía de Gorze en Lothringen; era muy temprano y las puertas permanecían aún cerradas, allí junto a las tapias y con los primeros rалlos de sol, vi un grupo de gallinas bermejas que escarbaban en tierra, cuando una de ellas, levantó la cabeza y después de armar un gran alboroto, desapareció con todas las demás por un hueco que había en la pared.

La Abadía de Gorze ocupa toda la falda de una colina coronada por un robledal generoso en pájaros cantores, como pude comprobar durante mi estancia allí, y donde llegando Mayo florecen las gencianas junto a dos arroyos, que nada más nacer, mueven las piedras de un molino muy antiguo. Estaba yo arreglando las alforjas, cuando a mis espaldas oí de nuevo, apenas abrieron una de las puertas, aquel tropel de alas y todas las gallinas del convento se acercaron entre revuelos y carreras, en compañía de un monje mitrado, ya entrado en años, que en su carrera había perdido uno de sus zapatos; abrazándose a mí con todas sus fuerzas. Era el monje Juan, abad de aquella comunidad, el que me hablaba en latines y palabras sueltas que aprendió en mi país. En su compañía estuve hasta que con el viento de Octubre que mueve la luna llena, se dio por terminada la vendimia y el robledal se sintieron los primeros olores del otoño. Recuerdo que el mismo día de mi llegada, le entregué el librito que Argentea me había dado para él. Nada más quitarle el lazo de seda que lo protegía, me dijo que le convenía darse un paseo por los alrededores y mirar de paso como estaban los canales que llevaban las aguas al molino; vi como se alejaba, mientras ponía sus labios, una y otra vez, sobre aquel librito.



“No sé si sabrás –me dijo Don Manuel cuando cerró el libro donde había estado leyendo aquella conmovedora historia-, que los caminantes que jamás retornan de los caminos, siempre tienen algo que contar; y de aquellos tiempos donde se creía que nuestro destino estaba escrito en los astros, y que en nuestras penas y alegrías no había nada improvisado, nuestro amigo Abud Hamid continúa hablándonos de ellos en su libro. Cada uno de nosotros tenía su estrella, y ahora, aquí me tienes –dijo señalando a unas cajas de medicinas que tenía sobre la mesa-, esclavo de la química y de los laboratorios; es, como te diría yo, la última degradación de la idea del destino en el ser humano.”

Cuando ya me había sentado y cerrado la puerta del coche, sentí el retumbar del primer trueno, y vi como relampagueaba sobre el llano y de cómo la tormenta se desplazaba en dirección a la ciudad de Teruel. Miré por última vez hacia el cementerio; allí, sobre una de sus paredes, estaban dos de los tres cuervos que había visto poco antes de pasar mirándome fijamente, cuando apareció el que faltaba, portando en su pico la cuchara de madera que había enterrado junto a la tumba de Paul Weijers. Cuando quise salir del coche para recuperar la cuchara, levantaron el vuelo y entre graznidos se perdieron llano abajo. Una hora más tarde, pasando por la ciudad de Teruel, junto a los troncos de los chopos que bordean la carretera, había montoncitos de granizo.
